EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El capitulo próximo será escrito por el doctor Ingegnieros.)

CAPÍTULO I

EL DIPUTADO NERPRUN



—«Nó, mil veces nó — señores diputados; eso no es así; eso no puede ser así; nosotros no debemos creerlo, no podemos ni admitir siquiera que tales afirmaciones resuenen en el augusto recinto de esta cámara, y por mi parte, aunque no consiga llevar la conviccion al espíritu del honorable diputado preopinante; siento bullir todos los huracanes de la protesta y protesto en mi nombre y en el nombre de las masas populares que, con su voto espóntaneo y libre, me constituyeron depositario del mandato imperativo por cuyo triunfo sacrificaré mi sangre y mi vida, y la vida y la sangre de todos los hombres libres de pensamiento y libres en el desarrollo de la accion».

Un aplauso estruendoso hizo retemblar el salon de sesiones de la cámara de diputados.

Ante aquella elocuencia fulgurante, ante aquellos acentos de bronce, parecían desprenderse de los muros como ecos vagos, armonías sutiles que no eran sino los ecos dormidos de elocuencias pasadas, fantasmas invisibles de convicciones cuyos cerebros productores dormian para siempre el sueño que no tiene pesadillas, el sueño que no tiene despertar.

—«Parece que se han producido algunas grietas en la pared divisoria»—dijo en voz baja el comisario del congreso.

—«Así es, en verdad»—agregó un sargento.

—«No es posible, señor presidente; no es posible señores diputados»;—continuó el orador cuando los clamores y los ecos se apagaron —«en la Naturaleza no existen misterios; y, para el pensamiento del hombre, sólo hay más ó menos evidencia de los hechos conocidos y la conciencia de una masa colosal, indefinible, de hechos por conocer, de verdades que aún duermen en el seno...

—«En el seno misterioso de lo desconocido»—interrumpió uno de los diputados, redondeando la frase.

—«No, señor, está Vd. equivocado»—rugió el orador que con más derecho hacía uso de la palabra,—«no, señor, el seno de lo desconocido no es misterioso, es simplemente desconocido. ¿Cuándo emplearemos el lenguaje del sentido comun para poder entendernos?»

—«Cuando lo desconocido no tenga seno,»—respondió el interruptor, cuya interrupcion habría de tener consecuencias gravísimas en el curso de los debates y aún en las relaciones personales de muchos de los diputados, como se demostrará en el curso de esta narracion.

Lo que entonces ocurrió, no tenía precedente en los fastos parlamentarios de la República Argentina. Nunca un coro más destemplado, un tumulto más incoherente, ni bramidos más resonantes, llenaron el recinto. El estrépito y vocerío de dos mil mujeres encerradas en un templo cuyas bóvedas derrumba el terremoto no podría dar la mínima idea de aquella confusion. El espanto se apoderó de la barra, la campanilla presidencial perdió el badajo, y hasta los mudos, los mudos mismos, hablaron en aquella ocasion.

El presidente de la cámara no pudo restablecer el orden y se retiró indignado; los secretarios y taquígrafos le siguieron, la barra se entregó al desbande, y los padres de la patria, ébrios de elocuencia turbulenta, formaron grupos que gesticulaban, gritaban, reñian... pero todo era inútil... nadie podía entenderse.

Para el diputado Nerprun, Severo Nerprun, hijo de un célebre farmacéutico que adoptó su apodo como apellido por motivos que á su tiempo conocerá el lector, ya que tanto el padre como el hijo representan un papel tan importante en este extraño caso que vamos á referir, la oportunidad, ciega como siempre, le había negado sus favores en aquella oportunidad. Pero el aplauso tan vehemente con que fueran saludadas sus enérgicas frases, le servía de consuelo, porque representaba un indicio de futuros triunfos oratorios, triunfos que eran la aspiracion suprema de su vida pública, en tanto que con secreto temor se entregaba á veces á investigar los antecedentes de esa misma aspiracion.

El diputado Nerprun había tomado la palabra y en pocas frases se había puesto en descubierto como hombre de corazon y de principios. Libre de toda supersticion, entregado continuamente al estudio, había llegado á ese punto culminante de las grandes convicciones que ni los hechos mismos tienen suficiente energía para minar.

Intransigente con los timoratos que lucran sin embargo con la necedad agena, todos sus esfuerzos tendian siempre á exterminar mil absurdos que aún se anidan en cerebros de gente al parecer educada. El queria que los hombres fueran honrados en sus creencias, y honrados en sus relaciones con los demás hombres; abominaba el servilismo que adopta lo negro como blanco cuando el amo lo ordena, y luego lo acepta como negro si la veleta de las pasiones ó de los caprichos cambia, odiaba á los periodistas que se venden por un puñado de monedas y odiaba más á los que escudaban con un nombre su vileza y su imbecilidad. Y, para terminar, el diputado Nerprun, á semejanza de su padre, que había prodigado el jarabe de su nombre, se sentía ya en punto para prodigar á sus contemporáneos su jarabe de pico, de la manera que él lo entendía.

Cuando al dia siguiente se publicó la sesión de la cámara en que había tomado la palabra, los periodistas heridos por sus diatribas declararon que había estado muy *siruposo*, y que la cámara debía tomar medidas para evitar cuanto fuera posible los discursos de barricada.

Al salir del recinto, aturdido por el tumulto que aún continuaba, varios amigos y correligionarios se acercaron á felicitarlo, y uno de ellos le dijo al oido:—«Ten prudencia, eres la víctima esperada de un complot». Se encogió de hombros.

Un momento despues se le acercó un individuo de extraña expresion en la fisonomía, y al que no hemos de abandonar en el curso de los acontecimientos que van á desarrollarse. Le llamaban *El Caballero de la Dama blanca*, y este seudónimo, sugerido quizá por alguno que se había muerto, no había tenido explicacion hasta entónces.

—«Señor diputado».

—«Señor ciudadano».

—«¿Me permite Vd. dirigirle una pregunta?»

—«Sí, señor».

—«¿Tiene Vd. absoluta conciencia de cuanto ha dicho en la cámara?».

—«Sí, señor, la tengo».

—Está bien. ¿Tendría Vd. inconveniente en acompañarme durante media hora?

—«Ninguno».

El Caballero de la Dama blanca hizo señas á un cochero estacionado frente al congreso. Cuando el coche se acercó, ambos subieron en él, dándole las señas.

Despues de andar algunas cuadras, llegaron á una casa de aspecto intermedio, una casa ni vieja ni moderna, sencilla, neutra.

El desconocido sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta exterior.

«Señor»—dijo *El Caballero*, sírvase Vd. observar todo en esta casa.

Recorrieron los patios, la pequeña huerta, é interiormente desde la sala hasta el último aposento.

Cuando hubieron terminado, *El Caballero* preguntó:

—«¿Le ha llamado á Vd. algo la atencion?».

—«No, esta casa no tiene nada de particular; es como todas las demás».

—«Venga Vd. conmigo».

Y dirigiéndose á la antesala, volvió á preguntar:

—¿Absolutamente nada? ¿Qué vé Vd. en ese rincon?

—«Un *paraguas*».

—«Pues ese *paraguas* va á cambiar por completo la direccion de sus ideas. Ese, ese mismo, es *El Paraguas misterioso*.

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG.

Dib. de Villalobos.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El capítulo próximo será escrito por el doctor David Peña.)

II

LO QUE SE VIÓ BAJO LA LINTERNA DE VERGÜENZA

La pálida fisonomía del diputado Nerprún se contrajo en una mueca horrible; los ojos voltejeaban en las órbitas, convulsamente, mientras su cuerpo se estremecía sobre el suelo. El Caballero de la Dama Blanca, sereno y satisfecho, como un artífice ante la realización de un bello ensueño, contemplaba al desgraciado. De pronto acercó su oído al corazón del orador: latía. Meditó algunos instantes. Sacó rápidamente del bolsillo una finísima aguja y por siete veces consecutivas perforó la oreja derecha de Nerprún.

Guardó la aguja y cogió el misterioso paraguas, oprimiendo en seguida un botón eléctrico, semioculto en el marco de la puerta; una campanilla sonó á lo lejos, siniestramente, al parecer debajo de la tierra. Oyóse un crugir de engranajes y todo el piso de la habitación comenzó á descender; en pocos segundos ambos estuvieron en un sótano sombrío, cerrándose sobre ellos un techo corredizo.

Nerprún continuaba en pleno ataque. El Caballero de la Dama Blanca batió algunas palmadas, con ritmo al parecer convencional. Desde el fondo de un subterráneo avanzaron, con tétrica lentitud, cuatro luces mortecinas. Cuando llegaron á la puerta del sótano, el Caballero ordenó á los tres hombres apagar las suyas, dejando la cuarta en manos de Vergüenza.

—Enmascaraos,—dijo á los hombres,—y tú, Vergüenza, entrégame el frasco de sales.

—¡Le tenemos! ¡Le tenemos, por fin!—exclamó en voz baja la deliciosa mujer, exornando su óvalo encantador con la más felina de las sonrisas.

—¡Sí! pero los hechos se han precipitado. La simple vista del paraguas misterioso bastó para provocarle ese ataque, impidiéndome someterlo á la terrible prueba. Pero creo que pronto reaccionará,—agregó, mientras le excitaba con el frasco de sales.

—¿Y el suero?

—Aprovechando el ataque le anticipé las siete inyecciones. La aguja es finísima y el suero indoloro; al volver en sí no tendrá la menor sospecha.

—¿El efecto es seguro?

—Antes de tres días nuestra venganza estará cumplida. Goycoechea, *su cómplice*, sucumbió al cabo de una semana; á éste le hemos duplicado la virulencia: tres días, cuatro á lo sumo.

—¡Es terrible! ¡pero mayor fué su crimen!...—murmuró Vergüenza, entre odiosa y compunjida.

En ese momento el diputado Nerprún exhaló un hondo suspiro, anunciador de la reacción saludable. En voz baja, para no ser oído, el Caballero de la Dama Blanca dijo á los tres enmascarados, señalándoles el subterráneo por donde entraron:

—Alejaos á treinta pasos de aquí y no os aproximéis si no se os llama; toda imprudencia os costaría la vida.

Y dirigiéndose á la mujer, le señaló su antifaz diciéndole:

—Vergüenza, cúbrete el rostro.

Cuando volvió en sí, á la luz de la única linterna, el diputado Nerprún creyó sufrir un sueño macabro: en el obscuro antro sólo acertaba á distinguir leves perfiles iluminados con reflejos rojos, destacándose como dosamenazas sobre la tiniebla compacta. Antes de permitirle gesto alguno de sorpresa, el Caballero de la Dama Blanca tomó la palabra.

—No corre peligro vuestra vida en este momento, ni en este lugar. Estáis aquí para deciros el siniestro secreto de vuestro crimen; debéis completar el relato de Goycoechea, vuestro cómplice. La justicia vendrá después. Ahora hablad.

Repuesto de su asombro, el orador, abundoso en el parlamento, sólo atinó á tartajear pocas palabras.

—No os entiendo...

—En vano intentáis disculparos. Aquí está el *paraguas misterioso* y conocemos el verídico relato de Goycoechea...

—No conozco ese paraguas; y el que llamáis mi cómplice podría haber mentido..

—¡Jamás! Goycoechea no habría mentido jamás, y mucho menos *in artículo mortis* ..

—¿Morir? ..

—Sí; ha muerto,—repuso friamente,—ha muerto en el mismo sitio donde vos moriréis dentro de tres días. ¡La justicia humana tarda, pero llega!

Nerprún se estremeció. El sitio desconocido le horrorizaba; y, más que eso, el extraño silencio de aquella mujer cuya hermosura no lograba ocultar el antifaz. Se frotó los ojos, como queriendo salir de una pesadilla. Sólo sintió que la mano del Caballero se posaba sobre su hombro.

—No os espante mi lúgubre propósito,—díjole con vidriosa amabilidad.—Vuestro destino está ya trazado; pero no os urge preocuparos de él. Ahora limitaos á revelarme el secreto del paraguas encontrado junto al cadáver, el secreto que encierra la clave de todos los misterios.

—Nada sé de lo que me preguntáis.

—¿Nada? ¿No conocéis el paraguas?

—Nunca lo he visto.

—Tendré el gusto de mostrároslo,—replicó el Caballero con mal disimulada nerviosidad, mientras hacía ademán á Vergüenza para que aproximara su linterna.

—Escuchadme bien, señor Nerprún. Este vulgar paraguas tiene cubierta de seda, eje de aluminio, armadura de alambre acanalado y puño de madera esculpida. Pero mirad bien la cubierta,—dijo, abriendo el paraguas,—mirad la seda negra, aquí, cerca del borde. Ved tres manchas rojizas...

—Nada veo...

—¡Fijaos!—y aproximó á la cubierta el brazo de Vergüenza, cuya linterna iluminó, efectivamente, las tres manchas denunciadas.

Nerprún palideció. El Caballero, sin inmutarse:

—Bien, señor diputado. Estas manchas de sangre sólo son visibles sobre la seda una vez por año y duran varios días; aparecen en la fecha de ocurrido el delito y persisten hasta la hora misma en que fueron encontrados el cadáver y el paraguas.

Nerprún, silencioso, temblaba.

—Y ahora sabed que vuestro cómplice, en momentos de morir, reveló, en parte, el misterio de este paraguas denunciador. Escuchad bien, Nerprún: según Goycoechea hubo en el crimen cierto maleficio satanista, por cuyo motivo las manchas están «vivas», sensibles como una mimosa, capaces de reconocer por el simple tacto al asesino que vertió esa sangre...



Nerprún, entre temeroso é incrédulo, osó murmurar:

—¡Este es un cuento de brujas! Repito que Goycoechea ha mentido...

—Mirad, Nerprún, y veréis que toda negativa empeorará vuestra situación.

Y así diciendo tocó las manchas, sin que por ello ocurriera nada anormal; invitó luego á Vergüenza á que hiciera lo mismo, con análogo resultado.

—¡Y bien, Nerprún, tocad las manchas, si á tanto os atrevéis!

Nerprún, seguro de que la sensibilidad de las manchas sería la postrer mentira de Goycoechea, obedeció.

¡Más le valiera no haber condescendido! La seda se estremeció como si pasara á su través un silencioso escalofrío, el color de las manchas subió hasta el escarlata más chillón, y aquel objeto, al parecer inanimado, emitió un lamento pavoroso, que heló la sangre en las venas de los testigos. Hubo un paréntesis de acoquinamiento, de ansioso



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el doctor José Luis Murature)

CAPITULO III

EL PARAGUAS HACIENDO DE LAS SUYAS

Pero no negar no es asentir. Volvió á mirar la tela del paraguas esta vez con menos estupefacción, como que acababa de sacarse con su témula mano la capa de telarañas que parecía tener sobre sus ojos, y, girándolos en torno, los detuvo sobre los iracundos del *Caballero de la Dama Blanca* y los impenetrables de Vergüenza.

—¡Y bien!—prorrumpió el hombre misterioso.—¡Hablad! ¿Qué esperais?

—Que se me alivie el dolor de las orejas, dijo Nerprun que ignoraba que en aquellos cartílagos yacían siete inyecciones.—No sé quién diablos puede estarse acordando en este momento de mí, de esta manera.

—Ello no hace al caso. ¡Hablad!

—Antes de hacerlo,—replicó el representante popular,—necesito estar seguro de que la libertad más completa ampara la expresión de mis ideas.

—Más completa,—afirmó Vergüenza,—¡Hablad!

—¡Hablad!

—Y bien,—dijo Nerprun, con el compás de espera que le era peculiar en los párrafos inde isos de su oratoria caracoleada y profusa.—Yo necesito recapitular un tanto, quiero decir, tomar de atrás la exposición de los hechos.

Vergüenza recordó con un movimiento expresivo al *Caballero de la Dama Blanca* que él había garantizado la vida del infeliz prisionero en aquel sitio.

Y el *Caballero* de la, se mordió el labio en señal de convencimiento, aunque forzado, y esperó.

Nerprun dijo entonces, llevándose el pañuelo á la oreja izquierda:

—Sí; yo salía en aquel instante de la Cámara. Acababa de pronunciar un discurso á favor de Sáez del Río para que venga sin demora á ocupar la dirección de nuestra facultad de filosofía y letras; los demás diputados no atinaron á sorprender en mi estilo el estilo del maestro y estallaron en irrupción horrenda; salí luego á la calle donde me recibió el aura popular que de continuo acaricia la cabellera y la personalidad de mi colega el socialista; y hasta recuerdo que algunos íntimos me hablaron de un complot tramado en mi contra por Eduardo Ladislao Holmberg y José Ingegnieros, denuncia que desdeñé incrédulamente haciéndoles presente que yo no había intervenido ni en el decreto inconsulto de Casares sobre el Jardín Zoológico ni en el artículo de Emilio Becher titulado «El médico imaginario» y publicado recientemente no sé dónde. Luego, prosiguió Nerprun, llevándose el pañuelo á la otra oreja, ¿qué más me aconteció? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Os acercásteis al llegar á la esquina de Defensa y me invitásteis á subir á un coche...

—¡Jesucristo!—interrumpió el *Caballero de la Dama Blanca*, haciendo estremecer la gran linterna y el paraguas misterioso.

—¿Qué os ocurre?—preguntó la dama con una emoción mal comprimida.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?—balbuceó Nerprun.

—Ah ¡Dios mío!—prosiguió el *Caballero* con voz más apacible. Señora Vergüenza, me lo hubierais recordado... ¡El coche! ¡Qué desventura!

—¿Eh?

—¡Sí, pues! Desde anoche está á la puerta, como el famoso pico de gas que dejó abierto Picaporte. ¿Queréis bajar digo, subir, señora Vergüenza y abonarlo? Tomad mi cartera.

Vergüenza hizo presente al *Caballero* que ella no había tenido nunca contacto con cocheros. El *Caballero* entonces tocó el timbre de sonido estrafalario y al primer individuo que acudió, de los tres que tenía á su servicio, entrególe catorce pesos con ochenta centavos dándole ciertas órdenes en voz baja.

Nerprun, más dueño por instantes de sí mismo, aprovechó un movimiento de Vergüenza hacia el resplandor de la linterna para hundirle su mirada escrutadora á través del antifaz, mientras le decía en voz muy baja y casi seductora,

—¿Quién es la enmascarada?

El *Caballero de la Dama Blanca*, rehecho de la sacudida y del mísero incidente alcanzó á percibir la interrogación de Nerprun, y volviéndose hacia él lívido de cólera, le fustigó las doloridas orejas con este grito:

—¡Infeliz! ¿Qué habéis dicho?

Pero Nerprun diputado al fin, contestó serenamente:

—¿Yo? Repetía el título originario de una comedia de Duhau ¿O preferís que le hable á esta señora de *Revolución en Chulampo*?

Vergüenza confirmó que ninguna otra frase le había sido dirigida en el breve intervalo, y restablecida la aparente calma, Nerprun prosiguió así:

—Llegados á esta casa...

—Y bien: ¡basta!—rugió el *Caballero de la Dama Blanca*. ¿Qué pretendéis con reeditar estos capítulos?

—Elaborar el mío,—contestó Nerprun con cierta solemnidad cómica recordando que el procedimiento de hacer como que se trabaja se lo había aprendido á su colega Varelita Ortiz.—Llegar á lo que me interesa personalmente. Invoco vuestra promesa de dejarme hablar, por lo demás.

—Tiene razón—dijo la dama.

—Y bien, hablad, seguid.

—Aquí—prosiguió Nerprun,—he sido víctima de algo extraño. Vuelto en mí—y otra vez llevó el pañuelo á sus apéndices laterales como si le sangráran,—vuelto en mí, me ha éis abierto esta negra sombrilla como si tronára, me habéis recitado un crimen en las dos *a*; y dale que dale con Goycochea, personaje del que se ha ocupado Antonio Monteavaro en el primer folletín de «Diario Nuevo» y ahora vos; y á quien yo — os lo declaro — solo conozco por livianas y literarias referencias.

—¿Pero os obstinais todavía? ¿exclamó, vociferó el *Caballero de la Dama Blanca?* ¿Queréis poner á prueba el resto último de tranquilidad que me reservo? Os juro que á insistir en vuestra bellaquería...

—Vos sois el bellaco,—replicó Nerprun, al intentar de todos modos hallar un delincuente donde solo existe un diputado.

—De modo que os decís inocente después de la prueba irrefragable, única...

—¡Soy inocente!

Entonces ocurrió una cosa vertiginosa y terrible.

El *Caballero* enarboló el paraguas misterioso, cerrándolo de un golpe, sobre la cabeza de Nerprun; pero éste, rápido se lo arrancó de un manotón que fué zarpazo y al retroceder para descargarlo con su hercúlea fuerza de hijo de boticario, tropezó con la linterna, y, ciego de ira y de su luz, dejó caer el nervudo brazo en la espantable tiniebla, una y dos y muchas veces, en remolino, en punta, en flanco y de cabeza, como un atacado del mal de San Vito que hiciera esgrima con mil sierpes en el fondo de un abismo.

Un ¡ay! rasgó la tiniebla de improviso. Un ¡ay! de alma femenina que súbitamente es separada de su vestidura. ¡El diputado acababa de herir mortalmente á la Vergüenza!

El *Caballero de la Dama Blanca* que se arrastraba como voluminoso reptil desde el comienzo del combate para eludir los golpes de aquella furia indómita, dió por fin con la puerta de salida, y, cual un corcel que rompe las ligaduras, huyó, huyó despavorido. Un transeunte le asió fuertemente por el brazo tomándolo por un criminal *infraganti*.

—Soltadme — gimió el *Caballero de la Dama Blanca*.

—Me pertenecéis. Quién sois?

—El *Caballero de la Dama Blanca*. ¿Y vos?

Un periodista que os aprovechará sin dañaros: Soy José Luis Murature.

DAVID PEÑA.



Dib. de Giménez.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el doctor Severiano Lorente)

CAPITULO IV

LA DAMA BLANCA

—¿Periodista? ¡Horror! —exclamó el caballero de la Dama Blanca.

Y librándose con una violenta sacudida emprendió nuevamente la fuga.

Era de noche. En el silencio de las calles solitarias los pasos resonaban como el eco de una carrera fantástica. Así anduvo varias cuadras, sin rumbo, lanzado en el vértigo delirante de su marcha. De improviso, una idea horrible cruzó por su mente: ¡Si lo supiera ella!...

Quedó inmóvil, mirando perdidamente las estrellas. Sirio, como un inmenso ojo nictálope, titilaba con indecible *ironía, y la Cruz exhibía sus ópalos tranquilos*, como un presagio funerario. El caballero sacó un cigarrillo, lo armó y lo tiró nerviosamente al suelo. Luego, secándose la frente, lanzó un suspiro y á paso lento volvió atrás.

Al llegar frente á su casa se detuvo, indeciso. La obsesión de la escena en que acababa de actuar oprimía su espíritu.

—¡Si ella hubiera oído!—repetía con un estremecimiento de pavor.—¡Si ella hubiera oído!! No; imposible... Sería el derrumbe de mi vida, el naufragio de mis esperanzas, el fracaso de todo mi plan... de mi plan que marca el único camino para su felicidad y para la mía, para su salvación...

Un sollozo desbordó en su pecho. Por algunos momentos permaneció reconcentrado en sí mismo, ordenando sus pensamientos.

—¡Qué importa!—dijo al fin.—Si los venenos del odio marchitan la flor, el dedo del destino dispersará sus hojas.

Entró temblando y se dirigió á la primera puerta del patio. Apenas hubo abierto, la luz del interior desvaneció las tinieblas. Y, como en un deslumbramiento, vió á la Dama Blanca que le esperaba.

La habitación era toda blanca. Blancos los tapices, blanco el moblaje, blancos los cojines en que ella se reclinaba. Como una perla en un estuche la pálida joven irradiaba el encanto sutil de su belleza. Al ver al caballero levantó su cabeza rubia, de óvalo impecable, y desde la profundidad de sus ojos soñadores surgió el flúido de una mirada fascinadora. Una sonrisa de expresión indefinible aleteó sobre sus labios mientras la mano esbozaba un saludo indolente.

—Ahora—dijo,—espero que no negaréis. Esta vez, siquiera, os habéis portado gentilmente dejándome presenciar vuestras hazañas. ¡Todo lo he oído!

—¡Todo!—rugió el caballero.—¡Habéis oído!...

—Oído y visto...

Abrumado por la desesperación el caballero se desplomó sobre una silla.

—Sí; á pesar de vuestras precauciones he asistido al espectáculo. Y sólo he comprendido una cosa: vuestra deslealtad y vuestra infamia. Esa nueva celada es digna de la mente que la ha concebido y de los medios que la han realizado. Os mostráis consecuente con vuestros procedimientos. Aunque no haya descubierto vuestro propósito he podido apreciar vuestra conducta. Sabéis que estoy aquí voluntariamente y que ningún poder me hará desistir de mi resolución. Pero si esperáis mi ayuda, estáis engañado. El amor calla cuando el deber empieza á hablar. Ni vuestro verdugo, ni vuestro cómplice. Ya os lo he dicho. Os lo repito ahora. Y basta.



La joven había hablado lentamente, con tranquila impasibilidad. Sólo el fuego de la mirada acusaba la violencia de sus sentimientos. Cuando hubo terminado tomó el libro que tenía junto á sí y se puso á leer.

Entre tanto el caballero yacía inerte sobre su silla. Se había borrado la expresión de agria firmeza que caracterizaba su fisonomía y una lágrima nublaba sus ojos entreabiertos. El gato blanco que descansaba junto á los cojines se levantó pausadamente, como si sintiera la solemnidad del momento y lanzando un maullido se *dirigió al patio.*

Con una voz que era la vibración de un dolor, el caballero rompió el silencio.

—Tenéis razón. Concibo que miréis en mí la esfinge de la desgracia. Pero os juro...

—¡Inútil!—interrumpió ella.—No juréis. Conozco el valor de vuestra palabra.

—Creeis conocerlo. Nada más. Si violé mi primera promesa fué porque vuestro interés lo exigía. Algún día podréis comprender cuánto tuve que sufrir para salvaros á pesar vuestro.

—Sois hipócrita. Lo sé. Ni siquiera tenéis la franqueza de vuestra perversidad. Pero ya no me alcanzan vuestros recursos... Un día pudo engañarme vuestra perfidia. ¡Hoy os conozco mejor y cuando procuráis infundirme *lástima*, sólo siento que me inspiráis desprecio!

Baja la mirada, abatido el busto, el caballero parecía sumido en honda meditación.

—Sin embargo—murmuró como si hablara consigo mismo;—sin embargo, ha sido una obra santa. ¿Y habré de dejar que se aniquile entre mis manos? ¿Habré de resignarme á que se malogre mi esfuerzo cuando sólo falta un paso para consumarlo?

Se levantó bruscamente en una reacción impetuosa:

—¡No lo consentiré jamás!—exclamó casi gritando.—Si queréis romper el velo del misterio, lo desgarraré con mis propias manos y os estremecerá el horror que había querido evitaros.

Luego se acercó á ella y con blanda dulzura prosiguió:

—Todo lo que habéis visto desde la noche aquella en que la fatalidad intentó separarnos, ha sido para vos un enigma incomprensible. Tenéis el derecho de pensar que soy la sombra maléfica de vuestra existencia. Y sin embargo, una sola palabra hubiera bastado para convenceros de que lo he sacrificado todo para despejar vuestro horizonte, de que mi pensamiento ha estado siempre fijo en vuestra dicha como la mirada del navegante está *fija* en la lejana *luminaria* que le señala el puerto en medio de la noche.

—¡Mi dicha!—repitió la Dama Blanca con dolorosa ironía.—¡Ya no tengo el derecho de pensar en ella!

—¿Creeis, acaso, que todo es eterno? ¿Olvidáis que estoy aquí para velar por vos?

—No; no lo olvido. Nunca deja de ver el *pájaro* á la serpiente que lo acosa.

—Sois cruel. Os lo he ocultado todo porque no quería corroer vuestro espíritu con el revulsivo del terrible secreto. Yo solo he saboreado las amarguras con áspero deleite porque sabía que mientras estuvieran en el fondo de mi pecho no podrían alterar la placidez de vuestra calma. Pero ya que dudais de mí, tengo que hablar. Comprenderéis al fin...



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo será escrito por el señor *José Luis Cantilo)*

CAPITULO V

POR LO MÁS OSCURO AMANECE

—«No tenéis el menor derecho á dudar, ni de mi lealtad bien probada ni de la firme intención con que he procurado secundar vuestros planes, tan simpáticos á mi corazón. Cuando os pedí vuestra mano, ofreciéndoos un cariño reparador de pasadas desventuras conyugales, la pusisteis un precio muy superior á la escasa solvencia de mi espíritu endeble y apocado... Pero el amor no *razona* y el *mío es demasiado grande* para que yo me detuviese ante la magnitud dramática del sacrificio: el deseo de haceros mi esposa inflamó de improviso todo mi ser, *poblándolo* de *energías ignoradas, como en una floración* súbita y brillante de impulsos varoniles. Con resolución inolvidable para mí, porque con ella estrené los bríos adquiridos, os juré que si era necesario matar, mataría... Y en eso estamos: ya Goicoechea emprendió el viaje que *«non a ritorno»*, como dicen varios coristas de *«Il trovatore»*. Por lo que hace á Nerprun, bien puede ir preparando el equipaje, pues *le he dado la masita:* pasado mañana á las 6 y 59 a. m. morirá tetanizado, porque el suero que le inyecté en la oreja no es de esas cosas que entran por un oído para salir por el otro.»

—«¡Maldición! — exclamó la Dama Blanca en el paroxismo del dolor más feminista.»

—«Señora—prosiguió el caballero,—os ruego que no atajéis *mi palabra* honrada, de asesino pasional y decente. Me *habíais* dicho que la venganza debía ser inexorable, sin reparar *en medios ni personas:* pues bien, el presunto finado Telémaco Nerprun es el *ladrón* que os lo ha robado todo; el honor, llevándoos á *extravíos amorosos* incompatibles con la dignidad de vuestro marido: el hijo...»

—«Se me hace que estáis macaneando, mi querido señor: yo no he *tenido familia nunca»*, — observóle la dama, con presteza.

—«No sabéis una palabra de lo que os ha pasado—profirió el caballero con expresión resuelta.—No habéis tenido hijos, pero aunque lo ignoraseis, íbais á tener uno que no llegó á punto de madurez. No me interrumpáis: Nerprun provocó un aborto de apariencias clínicas, para robaros parte de la fortuna inmensa que esperabais y debíais heredar, desviando vuestro indiscutible derecho en favor de sus intereses...»

—«Explicaos, os lo suplico»—balbuceó impaciente la dama.

—«Siempre que no obturéis mi narración con vuestras insoportables interrupciones. Continúo: cuando vuestro esposo murió por malas artes que salieron de la botica de Nerprun, padre, estábais encinta; esto implicaba dos grandes venturas en perspectiva próxima: los placeres de la maternidad y las bienandanzas inherentes á la posesión de un tesoro casi novelesco. Pero la criminal codicia de Nerprun os acechaba y pudo sugeriros la idea *alarmante* de *que teníais un cáncer abdominal*, en tren de crecimiento galopante. Esta transfusión de pensamiento se comprende con toda comodidad, conociendo el *ascendiente* que *ese hombre funesto ejercía sobre vos* y recordando la indolencia con que siempre habéis descuidado el estudio de la fisiología humana, en sus relaciones médico-legales con el derecho civil.

De haber llegado á nacer vuestro hijo, se os hubiese entregado íntegra la cuantiosa fortuna de vuestro esposo; no habiendo sucesión de vuestro matrimonio, la mitad de los bienes debían pasar á los parientes colaterales del difunto, según disposición testamentaria de este último, que quiso castigar en secreto vuestras frecuentes lesiones á la fidelidad jurada en los altares.»

—«¡*Pero ese hombre monstruoso es un filicida!*»—prorrumpió la dama con acento de dolorosa sorpresa.

—«Razón de más—replicó el caballero,—para que yo vengase, *á vos y al feto.* Dejadme *concluir: como* el único pariente colateral de vuestro esposo era su hermana, ya por aquel entonces casada con Nerprun, éste no quiso perder la ocasión de enriquecerse y al efecto fraguó el aborto que le convirtió en heredero consorte. Con su elocuencia insinuante de orador decadentista y frondoso, os persuadió de vuestra supuesta enfermedad, lo que no le fué difícil, porque vuestro embarazo revistió caracteres nerviosos de una extravagancia endiablada. Os habló del peligro inminente que corría vuestra preciosa existencia; os sometió á los falsos cuidados de un fingido especialista que ni siquiera era médico, pues luego resultó ser despachante de aduana; y entre ambos os decidieron á soportar la operación quirúrgica. Goycoechea, que también mojó en esta aventura, os hizo *dormir* con el *gas hilarante*, para que caso de sucumbir en *el trance operatorio* os fuéseis al otro mundo muerta de risa... y una vez que fuisteis anestesiada, intervino una partera habilísima *en* el arte de reparar con el crimen los agravios inferidos al pudor. La madama operó con espantosa maestría y el *proyecto de chiquilín* pasó inmediatamente desde el claustro materno hasta un frasco de alcohol...»



—"¡**Pero ese hombre monstruoso es un filicida!—prorrumpió la dama con acento de dolorosa sorpresa.**

—«¡Desnaturalizado!»—suspiró la dama con emoción de ternura retrospectiva.

—«No sé, señora: puede que fuese extranjero naturalizado; lo que me consta es que no era de quemar.»

—«No me refería al alcohol, sino al padre de mi hijo...»

—«Prosigo: terminada la operación, entre Nerprun y Goyeoechea mataron al despachante de aduana, para qué aprendiese á guardar secretos: la empresa no ofreció dificultades porque le pegaron de atrás y el hombre estaba indefenso: como que no cargaba armas y hasta los cigarrillos que fumaba eran por armar. Tarde ó temprano todo se sabe en este mundo, aunque haya policía de investigaciones.»

—«¿Y mi feto? ¿Dónde está mi niño?»

—«Creo que lo tiene en el ojo el padre del filicida: pero está sin sangre en el ojo, porque ya se ha *charquiado.*»

—«No digáis disparates y habladme seriamente.»

—«*Digo* que *lo ha colocado en el departamento* especial que hay en todas las farmacias y que antaño se llamaba *el ojo de boticario.* Dicen que queda muy bien en la *vitrina:* el *frasco es art nouveau* y muy elegante, aunque de poco sólida construcción.»



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.).—El próximo capítulo será escrito por el Sr. Diego Fernández Espiro

CAPITULO VI

UN PERSONAJE INESPERADO

—¡Basta!

—Pero...

—¡Basta!

Y la Dama Blanca, poniéndose de pie, avanzó dos pasos. Con mirada torva y voz cavernosa, flotante la larga y sedosa cabellera, iracunda y sombría, vociferó ante el caballero estupefacto:

—¡Sois un malvado!

—¡Señora!

—¡Un miserable!

—¡Os juro que si fuéseis hombre!

—Pretendéis, agregó, crispando las manos, perturbarme con vuestra *insoportable charla y no lo conseguiréis*. He tenido hasta este instante la fuerza de voluntad necesaria para falsificarme, para fingir calma y convencimiento: ¡sois un impostor!

—Blanca, Blanca adorada: esta es una pesadilla atroz. ¡Piedad, piedad!!

—¿Y la tuvisteis, por ventura, de vuestra protectora, de vuestra amiga, de...?

—¡Me han engañado miserablemente! ¿No comprendéis que no soy culpable?

—Leed en voz alta: meditad vuestra sentencia de muerte.

El caballero, tembloroso y balbuciente, leyó:

«Blanca: Estáis siendo víctima de una infamia...»

—¡Proseguid, monstruo!

—«Ha llegado la hora de iluminar las sombras: mil peligros os acechan. Desconfiad de aquellos que os juran *amor*.»

—¿Oís?

—«Vuestra venganza será la mia; me encuentro sano, y dispuesto á aclarar el misterio del drama que nos



...tres enmascarados, puñal en mano, avanzaron hacia la pareja aterrada.

—¡He dicho la verdad!

—¡No creí ni en vuestras habladurías, ni en la falsa carta de Nerprun, desleal y torpe embustero!

—¡Señora!

—¡Conozco el abismo de vuestra perfidia!

—¡Pruebas, pruebas!

—Aquí las tenéis; y corriendo hacia un pequeño mueble, abrió nerviosamente varios cajones secretos, hasta apoderarse de un sobre que levantó triunfalmente.

Luego, cruzóse de brazos, y chispeantes los ojos de acero, terrible, cual la imagen de la venganza, exclamó:

—¡Preparaos á morir!

—Si he mentido, dispuesto estoy al sacrificio. ¡Pruebas, pruebas!

—Leed.

El caballero se precipitó sobre el documento que, solemnemente, le ofrecía la Dama Blanca.

Hubo breves instantes de silencio. De pronto, un rugido conmovió la estancia. Los frágiles adornos tambalearon en sus pedestales y la blanca gata, blanca como el tapiz y el mobiliario, arqueó el lomo en actitud de defensa y huyó despavorida:

—Maldición ¡estoy perdido!—exclamó el caballero aterrorizado.

La dama sonrió despreciativamente.

—¿Cuándo recibísteis esta carta?

—Hoy.

—¿A qué hora?

—¡Qué os importa! ¡Defendeos! ¡Decid la verdad! ¡Ingeniad un medio para salir de este atolladero!

envuelve á todos. Procederé con cautela: cuidado con los venenos fulminantes! Reclamad al «Caballero» el paraguas misterioso: si se niega á entregarlo, lo mataré. Nuestra salvación depende del documento revelador, escondido debajo del puño de madera esculpida, —y de la declaración, voluntaria ó forzosa, del hombre que posee la clave del cruel enigma.»

«Sigo los pasos del traidor. Posiblemente no entenderéis palabra de todo esto: confiad en mí. Alguien creyó que mi muerte era salvadora y no sospechó la existencia de pruebas fatales.»

«Vuestro devotísimo

Goycoechea.»

Abrumado por la lectura, el caballero se desplomó sobre un diván.

Blanca le dió un zarpazo:

—¿Qué decís, ahora?

—¡Goycoechea vivo!

—¡Juradme que antes de veinticuatro horas el paraguas misterioso estará en mi poder!

—Lo juro,—respondió conmovido el caballero.

—Y bien, sólo la posesión del paraguas, salvará vuestra vida y ablandará mi corazón.

—¿Seréis mía, Blanca?

—Sí.

Un golpe terrible interumpió el cóloquio. La puerta, violentada, se abrió de par en par, y tres enmascarados, puñal en mano, avanzaron hacia la pareja aterrada

José Luis CANTILO.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capitulo será escrito por el Dr. Carlos Octavio Bunge.)

CAPITULO VII

TENÍA QUE SER

A presencia de tan amenazante irrupción que se dijera impulsada por el espíritu trágico de un Fernández y González ó de un Ponson du Terrail, la Dama, de blanca que era, descompúsose en verde y el Caballero, dando un salto atrás, echó mano á los pantalones y desnudando un gran pomo lo apuntó contra el primero de los enmascarados.

Agilmente el segundo cayó sobre él y empuñándole con extraordinario vigor le ordenó:

—Entregad al punto esa ponzoña y sentaos para asistir á vuestras propias exequias, Caballero de la...

—¡Traición!—clamó éste.—Asesinadme, villanos, vosotros los que, violando el secreto de mi encierro, llegáis



alevosamente en pandilla á interrumpir por siniestro modo la escena pasional del desenlace de mi destino.

Y abandonando el pomo se desplomó anonadado sobre una butaca.

Entonces el enmascarado, que sin duda jefateaba los otros, hizo á éstos una señal cuasi masónica y, á un mismo tiempo, los tres tomaron asiento.

La Dama, repuesta del espanto de su primera terrorífica impresión, intentó una prudente retirada. Pero, el enmascarado la detuvo con un ademán imperativo, y dijo:

—No tratéis de huir, señora. Por lo demás, sereis respetada cual merecido lo tiene la que supo comprender aquel noble corazón. Y vos,—continuó dirigiéndose al Caballero,—que por tan malas artes habéis conseguido adueñaros de su vida fingiendo un amor imposible de clarear en las negruras de vuestra alma, sabed que las cobardes y criminales empresas que teníais imaginadas y en sazón de realizarse no han de tener infame cumplimiento, malgrado la sobrenatural intervención de los magos y hechiceros con los cuales os hayáis en connivencia y que así despliegan ante vuestra insaciable ambición los mirajes aureosangrientos de la codicia, como os arrojan, desdichado, á los más viles procederes y repugnantes aberraciones.

—Abusáis, replicó con entereza el caballero, de las desventajas de mi situación, y me atribuís calumniosamente propósitos incompatibles con la austeridad de mi vida devotamente consagrada al culto...

—Sí, al culto de la infamia. Explicad, sino, la muerte del boticario y la misteriosa eliminación de Goycoechea, ya que habéis tenido la avilantez de convencer á la Dama Blanca, aquí presente, del pretendido aborto y la alcoholización del feto.

—En este instante que me habéis dicho el último de mi existencia, juro frente á la muerte, que el aborto se produjo.

—Comprendemos vuestra hipócrita estrategia. Recurrís á la patraña del juramento para justificar ante ella vuestro horrendo plan de matanzas. No llegaréis sin embargo, á envenenarlo, os lo repito. A impedirlo hemos venido. Somos los delegados de los electores del diputado Nerprun que, misteriosamente noticiados de vuestro inicuo complot, resolvieron por la salud de la patria dar al traste con tan monstruoso atentado. Y ahora, si aun queréis salvaros de una inmediata ejecución, declarad el paradero del *Paraguas misterioso*.

Esto dicho, los tres enmascarados pusiéronse de pie, blandiendo pavorosamente sus puñales.

La Dama Blanca echóse de rodillas, en tanto que el Caballero, azorado, iba á balbucear la confesión, cuando con fuerte estruendo se abrió de nuevo la puerta dando paso á un extraño personaje, que avanzó solemnemente.

Venía este personaje embutido en una especie de armadura multicolor, trayendo la cabeza cubierta por un yelmo negro empenachado de rojo y de visera corrida. Con la mano derecha esgrimía á manera de lanza el *Paraguas misterioso* y con la izquierda embrazaba como escudo un abultado manuscrito.

—¡Nunca será! gritó con voz tonante, y abalanzándose sobre el enmascarado jefe le asestó un paraguazo entre la oreja y el hombro.

Al golpe el *Paraguas* se escapó violentamente de su mano, en el preciso instante en que el segundo enmascarado, de una formidable cuchillada, le hacía volar el yelmo, dejando al descubierto la cara del personaje.

La Dama Blanca al verle dió un gran bote de costado y clamando:

—¡Laferrère! ¡El Jettatore! Cayó desvanecida, mientras que el *Paraguas misterioso* con un amplio despliegue cubría en forma de dosel aquella hermosura en catalepsia.

Diego FERNANDEZ ESPIRO.



Dib. de Arnó.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capitulo será escrito por el Sr. Alberto Ghiraldo.)

CAPITULO VIII

EL COMETA "EUXINIOS"

—¿Laferrère?... ¿El *Jettatore?*... ¡Me confundis!... ¿Qué no me conocéis ya?... ¿Tan pronto me habéis olvidado?... ¡Soy Goycoechea, el mismísimo Goycoechea!

Alzóse la visera, y, en efecto, Goycoechea, el mismísimo Goycoechea era aquel estrafalario personaje de la armadura multicolor y el penacho rojo que se presentaba blandiendo, á modo de lanza, el *Paraguas Misterioso*. . Al reconocerle, la *Dama Blanca* y su *Caballero* quedaron mudos de estupefacción como por arte de encantamiento, dos de los enmascarados desaparecieron; y el tercero se descubrió el rostro: era el diputado Nerprún. Se hizo el pesado silencio que anuncia las grandes borrascas, durante el cual todos se miraban las caras tan ansiosamente como si interrogasen el porvenir...

—Henos aquí reunidos,—dijo por fin la *Dama Blanca*,—los cuatro personajes de este terrible drama. Ha llegado el momento de descubrirse la verdad.

¡No! ¡Esta vez no había mentido Goycoechea! El sordo y creciente ruido subterráneo, el incógnito olor, el incendio del cielo, todo decía la anunciada proximidad del caudo é inoportuno astro... *Vœ victis!*

De pronto, se sintió un estremecimiento tan intenso, tan intenso, que cuanto ser viviente lo sufriera, perdió el sentido... Pasaron segundos, minutos, tal vez horas... hasta que Blanca, Pedro, Nerprún y Goycoechea recobraran el sentido...

—¿Dónde estamos? ¿dónde estamos?—se preguntaron aterrorizados, palpándose el cuerpo y mirando en derredor...

¡Y comprendieron donde estaban! ¡El cometa los había atraído y arrastrado en su cola de luz hasta su centro de piedra! ¡Sobre tan enorme vehículo (los astrónomos lo calculan cinco veces más grande que la tierra) siguiendo un elipsis de inconmensurable extensión, navegaban en el piélago infinito del vacío!

Blanca cayó sollozando de rodillas. Pedro cerraba los puños furioso, clavándose de rabia las uñas en las pal-



—Ha llegado,—repuso Goycoechea,—ha llegado, y aquí estoy yo para revelarla. Yo sólo tengo la clave del misterio. Bien sé que vos, Blanca de Artania, por mal nombre la *Dama Blanca*, sois inocente. También lo sois vos, Pedro Nuño, llamado el *Caballero de la Dama Blanca*. La culpa de todo este *imbroglio* la tiene Nerprún, el pérfido diputado Nerprún, aquí presente para rendirnos cuenta de esa culpa... ¡Escuchadme!... Las cosas pasaron así...

Súbito y dilatadísimo trueno interrumpió á Goycoechea... La estancia se llenó de un olor agudo é indescriptible y de muy viva y persistente luz... Se hizo un pánico general...

—¡Dios mío,—exclamó Blanca,—socorrednos!

—Es el fin del mundo,—afirmó Goycoechea,—el *Dies iræ*. Los astrónomos lo tenían anunciado. Hoy debía chocar con la Tierra el planeta «Euxinios»... Llegamos á la catástrofe final .. ¡Preparaos á bien morir!

Y en diciendo esto, abrió el amplio *Paraguas*. Por instintivo movimiento de concentración ante el inaudito peligro, los cuatro personajes se cobijaron bajo él...

—Tal vez el eléctrico magnetismo de este *Paraguas*, última invención de Edison—dijo Goycoechea,—pueda protegernos de la funesta atracción del cometa... Salgamos al jardín.

Y todos salieron, protegidos por el *Paraguas* de la irisada lluvia de luz astral, que, cada vez más intensa, hacía cerrar los ojos deslumbrados...

mas de la mano. Nerprún, con un dedo en la sien, meditaba hondamente. Pero Goycoechea, haciéndose fuerte, siempre con el *Paraguas* en la mano y á pesar de su armadura, bailaba en un pie loco de contento...

—¡Animo compañeros!—decía.—¡Correremos peripecias que nunca corrió mortal alguno! Y... ¿quién sabe? .. tal vez podamos algún día bajar á la tierra para contarlas... El *Paraguas Misterioso* nos servirá de paracaídas... ¡Y vosotros testificaréis de la verdad de mis palabras, para que no digan que miento!... ¡Mirad cuántas maravillas nos rodean, mirad, por Baco!

Algo repuestos, tendieron todos entonces la mirada sobre un panorama jamás soñado por la pobre fantasía de los hombres...

Sucedíanse en anfiteatro montañas y precipicios blancos, anaranjados, violetas, lilas... En inmensos mares luminosos flotaban saurios negruzcos más grandes que los mayores trasatlánticos modernos... Había plantas voladoras que pasaban por la atmósfera rosa cantando y creciendo en bandadas... Había animales cometarios que, aunque arraigados al rocoso suelo, pensaban más que dioses... Había... en fin, las cosas más ultraterrestres, las cuales vieron después nuestros cuatro personajes en las extrañísimas aventuras que les deparó el destino; cosas y aventuras que verá y leerá boquiabierto el curioso lector en los capítulos que siguen...

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Dib. de Urtubey.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Sr. Roberto J. Payró.)

CAPITULO IX

UNA ESCENA EN LA CALLE.—DONDE APARECE UN PARAGUAS VENGADOR.

La vida anima los seres y las cosas,—todo lo que á nuestros ojos aparece inmóvil, frío, rígido y oscuro.—(E. H. Ducloux, en una conferencia científica.)

En una esquina de la ciudad en silencio—era el amanecer—se encontraron los dos paraguas: el viejo ya conocido, cubierto de misterio y de telarañas euxinias, portado como bandera en derrota por los brazos ya sin bríos del orador Nerprún, y el flamante y victorioso, de tela roja y alma de acero que, sostenido por los músculos vibrantes del loco Anarkos, irradiaba en la semi-oscuridad del momento como una enseña de lucha y de venganza.

—Tengo que hablarte y en serio,—exclamó por boca del loco el rojo personaje.

El tono, alto y majestuoso, era de amenaza.

—Saludémonos y esta vez en silencio,—contestó con cierto temor el viejo misterioso que, naturalmente, había delegado en el verboso orador el uso de la palabra.

—¿Callar? ¿Por qué? La pena es grande. Sea también grande el grito que la diga. ¡Has de escucharme! ¡Pese á quien pese!

Y el color del paraguas del loco aumentó al rojo de fuego.

—He sufrido; sufro,—agregó.—Voy á desahogarme. ¡No puedo más!

dad, me subleva, me templa el alma en tono de lucha, de combate viril!

Un montón de curiosos atraídos por aquella escena única había rodeado á los interlocutores.

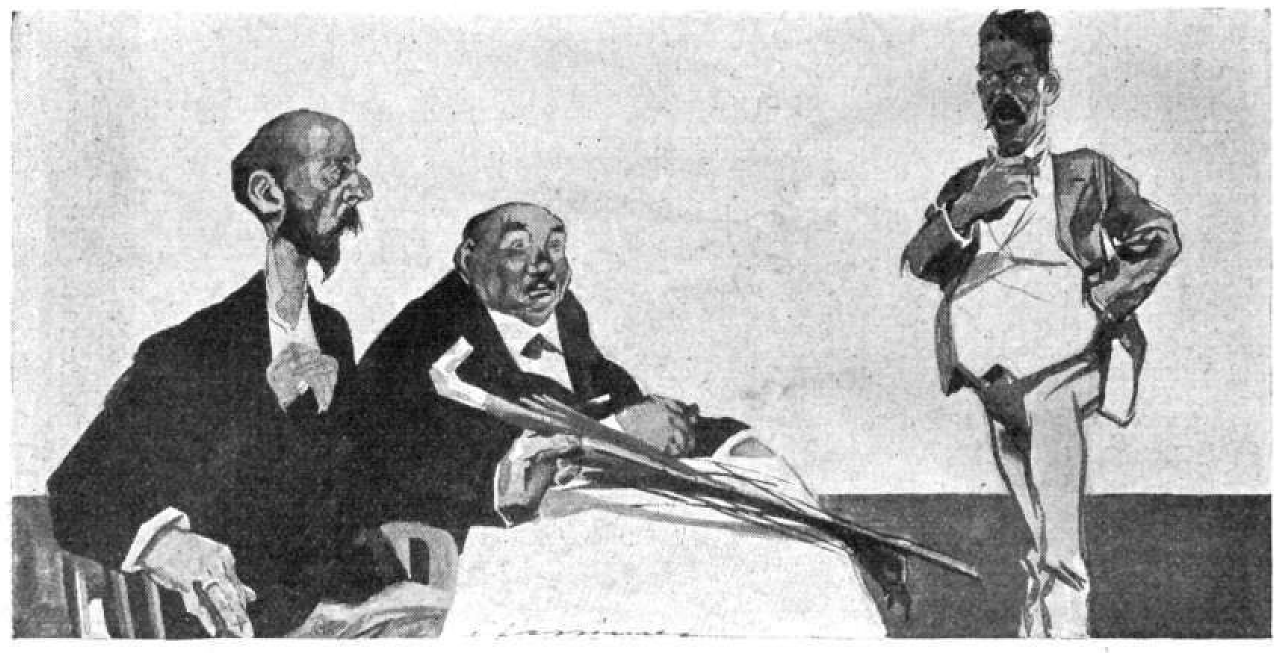
Entonces continuó así en medio del asombro, de la estupefacción de todos:

—¡Cuerdos y locos que me circundais; oid!: Se está rebajando el arte en esta tierra por los mismos llamados á dignificarlo. Se está arrastrando por el lodo del retruécano burdo, de la banalidad en do mayor, lo que sólo es digno de cariño de amor y de sacrificio. Decidores huecos, palabreros insulsos, dicharacheros fáciles, sin color y sin espíritu, no hacen falta por cierto entre la colmena de los que forjan la vida. Ellos van al rezago del mundo coreando inepcias y marcando el paso *¡para atrás! ¡para atrás, sí!* ¡oh, dolor! ¡oh, luz! ¡oh, vida! ¡oh, alma de las cosas!

Y el rojo paraguas de la venganza hizo un brusco movimiento arrojándose todo entero hacia la espalda del loco—rápido, violentísimo, como quien esquiva un golpe.

Era tiempo. Simultáneamente un sablazo formidable, hacia él dirigido, acababa de descargarse sobre la ochava de la esquina á cuyo alrededor la multitud empezó á arremolinarse presa del pánico.

El Escuadrón de Seguridad acababa de hacer irrupción en las calles despejando á los curiosos á quienes consideraba como á huelguistas...



Y en el momento en que la luz ascendía estalló de esta manera la tormenta de su palabra, sin que su aterrado interlocutor pudiera interponer un razonamiento, ni una disculpa.

—Ahí va pues mi anatema. Así se descargan de su amargura los fuertes ó, si se quiere, los que están fuera de concierto, del diapasón general. Y yo lo estoy. ¡Y tanto!

¡A tu sombra y en tu nombre se está prostituyendo el alma de las cosas!

¡A tu sombra y en tu nombre veo hoy al ingenio vestido de payaso encaramarse haciendo piruetas sobre las columnas ilustradas del periódico callejero, despojado en esta ocasión hasta de la gracia y la travesura del *tití* sobre el hombro del conductor del órgano!

¡A tu sombra y en tu nombre veo al talento descender hoy de su montaña no ya para provocar la risa sana y fresca que es también luz de la vida, agua pura de manantial, esperanza perenne, sino frívolo y torpe para desgañitarse en medio de la feria popular, sin otra virtud que la de hacer asomar al labio del espectador que piensa una mueca de desprecio ó de ira!

Y casi sin tomar alientos, yéndose encima del viejo armatoste, arremetió sin consideraciones, pero dignificando aún más la protesta.

—Que ¿qué ha pasado? ¡El dolor del sometimiento de los otros, á los que quiero hermanos en arte y en ver-

—¡Ah, bárbaros!—dijo entonces.—¡Vosotros también sois los cómplices de estos grafómanos retrógados que, en nombre y á la sombra de este hermano, están cristalizando la vida del arte!

—¡Yo te voy á dar arte, macaneador sin vergüenza, que estás alborotando al pueblo!—rugió uno de los del escuadrón atropellando al grupo.

La embestida fué brutal y de consecuencias. El caballo, dirigido hacia el loco, ofuscado por el rojo vivo se desvió hacia la derecha, yendo á chocar contra el pobre Nerprún que huyó maltrecho abandonando, hecha una lástima, sobre el empedrado á la vieja y misteriosa prenda cuyos pedazos, en estado lamentable, recogía pocos minutos después uno de los agentes de policía.

Sobre la calzada, y en medio de un nuevo grupo que volvió á rodearlo, seguía flotando la roja tela del vengador salvándose del desastre sobre la fuerte espalda del loco Anarkos.

Horas después, ya repuesto de la terrible emoción, acudía Nerprún en busca de su paraguas á la comisaría seccional, en la que expuso cómo aquel le había servido de *paracaídas* para descender desde el cometa «Euxinios» donde, entre otras cosas, había perdido para siempre, junto con sus trasumantes compañeros de viaje, su flamante medalla de diputado argentino.

Dib. de Giménez. ALBERTO GHIRALDO.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Dr. Enrique del Valle Ibarlucea.)

CAPITULO X

LO ILÓGICO EN LA LÓGICA

—¿Donde estoy? — se preguntó Nerprún, restregándose los ojos con furia, al despertar en la camita estrecha, de hierro, que ocupaba el rincón más obscuro de una celdilla blanqueada, iluminada por un alto tragaluz y sin más muebles que el techo en cuestión y una endeble silla de paja.

Paseó sus miradas atónitas por aquella especie de calabozo, y siguió tratando de coordinar sus ideas.

—Después de mi discurso de ayer, después de los aplausos y las felicitaciones, salí del congreso, embriagado todavía por el triunfo. . En seguida... no sé... creo que tomé un coche... con un individuo raro... ¡Vaya! pierdo el hilo... Mi vida parece un folletín de diario después de una semana de no leerlo, porque, ¿dónde diablos puedo estar?...

En esto oyéronse pasos tras de la puerta, que se abrió dando acceso á dos personas, la una baja, gruesa, de pera; la otra alta, delgada, de rostro cuasi infantil, inverosímil cuello de camisa, y ondulante y larga levita negra.

—¡El es!—exclamó Nerprún al ver al primero.—¡Ahora me acuerdo! ¡El caballero de la Dama Blanca!...

—Vaya ¡tranquilícese y no volvamos á las andadas! ¡de buena se ha escapado!—exclamó con voz muy alta, juvenil y aflautada el de la flameante levita.

—¡Ah, doctor, es usted!—exclamó Nerprún reconociéndolo.

—El mismo.

—¿De manera que debo estar... en una casa de locos?

—*Tú dixiste.* Que caiga agua en señal de lluvia, y mi presencia aquí...

—También lo he encontrado en sociedad...

—Prueba al canto.

—Y entre literatos...

—Más en mi abono.



—Pero yo ¿cómo me encuentro acá? ¿Y cómo está también este caballero?

—El primer cómo se lo contestaré en seguida. En cuanto al segundo, no hay tal caballero: como ustedes suelen ser recalcitrantes para venir, este señor es el encargado de traerlos, si puede, por medio de la astucia. De otro modo hay que recurrir á la policía, á la fuerza, al vejamen... Y los alienistas modernos estamos por la blandura, y odiamos el ruido y el escándalo...

—¿Pero y el *Paraguas misterioso?*—preguntó Nerprún con la ansiedad de conocer la extención de su desgracia.—¿Ha existido?

—Ya se lo diré. Silvestre, puede dejarnos,—agregó el médico, dirigiéndose al ex caballero de la Dama Blanca. — Ya veo que nuestro enfermo ha pasado el Rubicón.

Nerprún miró de hito en hito al alienista, aguardando nervioso su palabra.

—El paraguas es un símbolo,—dijo por fin el doctor, —y Silvestre quiso llamarle fuertemente la atención para distraerlo y llegar con mayor facilidad á sus fines.

—¡Un símbolo!

—Sí. La sociedad elegida y el gobierno, tienen centenares de paraguas misteriosos, con que se defienden de borrascas más ó menos graves. ¿Se agita el pueblo? Se abre el paraguas *estado de sitio.* ¿La prensa se desmanda? Pues al paraguas *censura previa.* ¿Crecen las huelgas? Ahí está el paraguas *ley de residencia* ¿Mejora el país y pueden empobrecerse los ricos? El paraguas *conversión.* ¿No hay que dar á los paniaguados? El paraguas *unificación...* Y así vaya usted contando, hasta cerca de mil. De las cinco mil y tantas leyes que se han dictado en nuestro país, un 20 % son paraguas... misteriosos para el pueblo que no los ve, pero rebota en ellos.

Nerprún, con los ojos como platos, seguía atónito la explicación del médico.

—¿Pero, y el mío?

—El suyo es el que defiende á la sociedad elegida contra los que perturban ó tratan de perturbar el orden establecido. Usted, en su discurso de la cámara, incitando á la rebelión, era una terrible amenaza: su carácter, la pureza de sus costumbres políticas, su rectitud y probidad, podían convertirse en estandarte de reivindicaciones. Pasado el primer entusiasmo, algunos alienistas lo consideraron loco; era, también, su fama ya adquirida, entre todos los que siguen la corriente y no se apartan del tipo general... Pues, con la opinión de los facultativos, no hubo más que segregarlo de la sociedad, como se hizo inmediatamente merced al paraguas de la Asistencia Pública, empuñado por Silvestre...

—¡Pero usted, usted, doctor!

—Yo también lo he diagnosticado demente hasta este momento, en que lo considero en salvo de la crisis de delirio de las libertades que en un principio tomé como síntoma de parálisis general. Porque, amigo, en este país como en casi todos los demás, al que delira por la libertad lo paralizan incontinente.

Nerprún se quedó largo rato meditabundo. Acababa de recordar cuanto creía haberle sucedido desde que salió del congreso y tomó el coche: el Caballero, La Dama Blanca, los enmascarados, Vergüenza, Goycoechea, el cometa Euximios...

—Sin embargo, — murmuró por fin, — en todo lo que he visto desde el discurso hay cierta lógica...

—La lógica de la locura, que es análoga á la de la vida. Esta se cree perfecta, y sin embargo, mirándolo bien ¿no resulta acaso tan incoherente como una novela escrita sin plan y por muchas personas? ¡La lógica! ¡La lógica es una macana! Lo que es lógico para unos es absurdo para otros. ¿Habrá descontentos é infelices, de otro modo? ¿No recogería todo el que siembra? ¿No ascendería todo el que vale? ¿No desaparecería todo crimen, toda injusticia? ¡Vaya! si vuelve usted á hablarme de lógica tendremos que apelar otra vez á las duchas... Pero cuénteme, si puede, todo su sueño en el estado demencial: siempre será útil...

Nerprún relató punto por punto cuanto ya saben nuestros lectores, sin advertir el hecho curioso de que narraba no sólo las escenas que había presenciado, sino también las que no hubiera podido ver ni aun con el don de ubicuidad.

Cuando el doctor le observó esto, convencióse de que había estado loco.

—Por otra parte,—dijo el médico,—aquí tiene usted los diarios desde el día de su famoso discurso. Todos hablan de mí, y por eso los tengo en el bolsillo, pero ninguno se ocupa del cometa Euxinios. ¿Cómo puede, pues, haber chocado contra la tierra?

—¿Qué cómo? ¿y acaso los diarios se ocupan nunca de las cosas importantes?—exclamó el ex loco.

—Se ocupan de mí, sin embargo,—replicó el doctor.— ¡Bien! pues amigo, me sorprende su sueño, y he de contarlo á un simbolista para que haga con él un gran poema ó una pieza de teatro. ¡Todo es símbolo, en efecto!



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración.—El próximo capítulo será escrito por el Dr. Manuel Carlés.)

CAPITULO XII

NO SON TODOS LOS QUE ESTÁN, NI ESTÁN TODOS LOS QUE SON

El desgraciado Nerprún extraño peregrino, por obra y gracia de inescrutables misterios, que desde su asiento de representante del pueblo fuera á caer en tenebroso subterráneo y viéndose luego transportado á impulsos del vértigo, hasta el cometa «Euxinios», dió con su rendido cuerpo y su afiebrado espíritu en la colonia de Luján.

Como el Judío Errante de la leyenda, era la víctima expiatoria, aunque inocente, de muchos y grandes crímenes, tranquila estaba su conciencia, retemplado su corazón, su alma serena. Pudo palidecer por un instante ante la Vergüenza; pero esto mismo no era no podía ser una presunción de su culpabilidad, cuando sucede que aquélla debe cubrir muchas veces su rostro porque los humanos, descarados é impúdicos, no le guardan respetos ni miramientos.

Una montaña de iras y venganzas, mal contenidas por mucho tiempo, cayó sobre las espaldas de este flamante diputado. Tenía fuerzas para soportarla, nuevo Atlas. Culpable ante los ojos de *todo el mundo*, porque no insultó nunca á la *Verdad*, que encierra tantas amarguras, condensáronse sobre su cabeza todas las mentiras para hacer de él una personalidad diversa de la que emergía de su carácter y temperamento y en la realización de su empresa de bondad, le pusieron piedras sobre el camino los que en él veían á un amigo de la prudencia y la moderación, incondicionalmente al servicio de una causa santa. ¡Cuántas veces en público y en privado, se escarneció su origen, para apagar su brillante luz con el vacío de sus blasones!...

La conjuración era infernal. Goycochea, la Dama Blanca y su Caballero, que una pluma maestra describiera con los caracteres que pintó el historiador Salustio al presentar los retratos de Catilina Semprona y Léntulo verdaderos émulos de estos conspiradores, enredaban sus hilos, y el primero, de víctima aparente, convertíase en victimario de Nerprún. Valiéronse de toda clase de medios para perseguirlo, como habrá visto el paciente lector durante el curso de esta narración, y creyeron sofocar así el aliento de sus ideales y paralizar su tenaz y proficua acción. No faltaron instrumentos para la consumación de sus maniobras dolosas y la perpetración de sus delitos. El paraguas novísimo que alzara Anarkos frente á Nerprún, poseedor involuntario del *Paraguas misterioso*, tenía resorte oculto puesto por las hábiles manos de la Dama Blanca, la cual de esto último no tenía sino el nombre pues corrían muchas impurezas por su sangre. Cómplice principal ó autora moral de todos los crímenes, esta dama tenía su paladín, el *Caballero*, era éste diestro en manejar la espada de la *Justicia*, arrebatada en hora infausta de las manos de Themis; facedor de muchos entuertos, déspota de los oprimidos y heridor de cabezas ajenas para mantener ocultas las maldades y los vicios de su Dama.

Los médicos consumaron la perversa obra. Ciertos alienistas pusieron su vana ciencia al servicio de los conjurados, que pagaron con creces las sumas sus informes periciales. La fortuna de Nerprún era valiosa... La regulación de los honorarios prometía ser buena... ¡Ah! la locura, excelente medio para mantener la tranquilidad de los hogares y apartar peligros de nuestro lado!...

¡Es inapreciable un alienista!... La ciencia psiquiátrica incapaz de componer la caja cerebral cuando se halla medio deshecha, pudo convertir á un cuerdo en loco. La terrible maquinación recibió la sanción de la legalidad. Cierto magistrado declaró la interdicción civil de Nerprún y ordenó su reclusión en un hospicio de alienados. El código de los derechos suministraba los elementos indispensables para ejecutar el secuestro... ¡Pobres conjurados! No contaban con la huéspeda, que vendría pronto, haciendo que fracasado su primer plan, el brazo de Goycochea hundiera punzante estoque en el pecho de Nerprún... Pero no adelantemos la marcha de los sucesos.

Nuestro protagonista, malgrado suyo en el *open door*, ambiente para él repulsivo, sintióse allí como si estuviera agobiado su espíritu por un chaleco de fuerza. La sensación persistió durante algunos días; pero al cabo de poco tiempo se adaptó al medio, en parte para evitar la continua vigilancia de sus perseguidores. Temía que éstos exacerbaran sus rigores y pretextaran su locura furiosa para encerrarlo en la convalecencia.

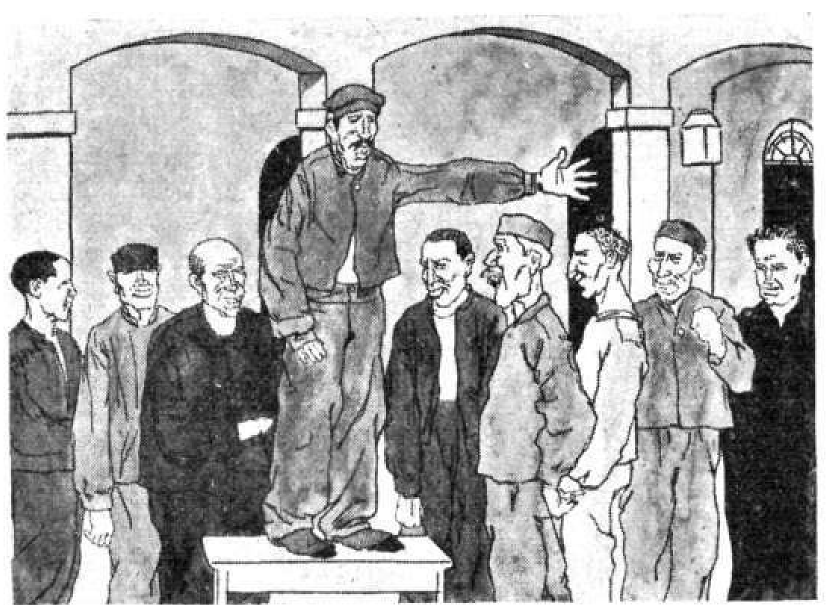
Era Nerprún hombre de estudio, tenía una cultura general y muchísima facilidad para asimilarse todo género de conocimiento. Había leído, entre otros libros de clínica mental, uno famoso de un alienista de saber y de ingenio. Aprendió con su lectura que individuos de diferentes especies zoológicas, emplean la simulación como medio de mantener y defender su existencia. Aprendió también que algunas personas simulan la locura, por una ú otra circunstancia, y aprovechando el recuerdo de varios casos de la clínica de su amigo Psiquiatra, dióse por simular una perturbación de su inteligencia y de sus sentidos.

Hubo de simular, naturalmente, una manía que fuera explicable por sus antecedentes personales y su actuación política. ¡Había que ver como el diputado Nerprún, creyéndose ante la multitud plebeya ó en el recinto parlamentario arengaba á sus compañeros de colonia! Permitíaselo el director y lo toleraban los médicos internos y los loqueros, convencidos todos de la enajenación de Nerprún: ¡tan admirable estaba en su simulación!...

Espíritu sagaz, profundo y observador, el diputado Nerprún conoció bien pronto los hombres de aquella extraña y heterogénea sociedad, reproducción en pequeño de nuestro mundo de hombres normales y juiciosos; y pronto dióse cuenta de que allí estaban muchos que razonaban y se conducían perfectamente y notó la ausencia de algunos á quienes había tenido por locos cuando él mismo pasaba por cuerdo...

Un día, terminada la faena diaria, en momentos en que uníase al crepúsculo de las almas el de la tierra, se congregaron los pobres dementes en torno de Nerprún, como lo tenían por costumbre. Reproduciendo uno de los principales actos de su simulación les dirigió la palabra, ardiente, viva, entusiasta; pero en esta ocasión su elocuencia, elevada siempre, rayó en lo maravilloso. Su palabra no desmentía su talento proverbial entre sus colegas de la Cámara.

Oíanle asombrados sus camaradas. Su lección de alta filosofía despertaba aquellos cerebros dormidos, la llama de su elocuencia encendía





EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración. — El próximo capítulo, con que finaliza, será escrito por el señor Gregorio de Laferrère.)

CAPITULO XII

EL RÉGIMEN DEL BATIBURRILLO

Es claro que principio quieren las cosas y que un loco hace cientos. Nadie dió importancia á ese motín de manicomio, de manera que el contagio fácilmente se propagó por calles, plazas y caminos. Entre piruetas carcajadas y ademanes, la doctrina aparecía alegre, en chacota se repetía y hasta los más *cuerdos, por seguir la* corriente, mucho después la toleraban. «Cuando todos se equivocan, todos tienen razon», había dicho la voz del Sinaí; y sin más ni menos, sin menos preámbulos, ni más distingos imperó la ley del batiburrillo manicomial.

La tarea de Nerprún había sido colosal, estupenda y magnífica, digna del triunfo sagrado de un pensamiento milenario. Cuatro locos fueron destacados para aprisionar á los cuatro fementidos de la banda retrógrada, pero como los locos, eran locos de verano, á la llegada del otoño olvidaron el mandato de la Comisión, siguiendo el movimiento de la ola que los impulsaba á la «obra magna.»

El dolor secular que había marchitado el alma flor de la *brava gente*, las lágrimas sin consuelo derramadas por la inclemencia del capital voraz, los alquileres subidos, las injusticias de la justicia organizada, la exigencia de las dos firmas en el Banco de la Nación, la soberbia de los patrones, los cien centavos del impuesto al alcohol, la arrogancia de los ricos, el sibaritismo del placer, todo lo inútil, lo corrompido y tradicional, todo fué barrido, descolgado y consumido por la acción inmortal del doctor Nerprún y de sus fieles, los perínclitos del open-door, redimidos por el precursor hijo del boticario fecundo. No hubo poder que resistiera la pujanza de los orates, quienes garrote en una mano y el gesto del iluminado en la otra, por ahí *se lo pasaban, recorriendo montes y poblados, seguidos* por grupos primero y por multitudes después dando y recibiendo palizas, en la misión evangélica de transformar el mundo vigente por ese otro mundo, que salido de un manicomio, proclamaba el desbarajuste social:

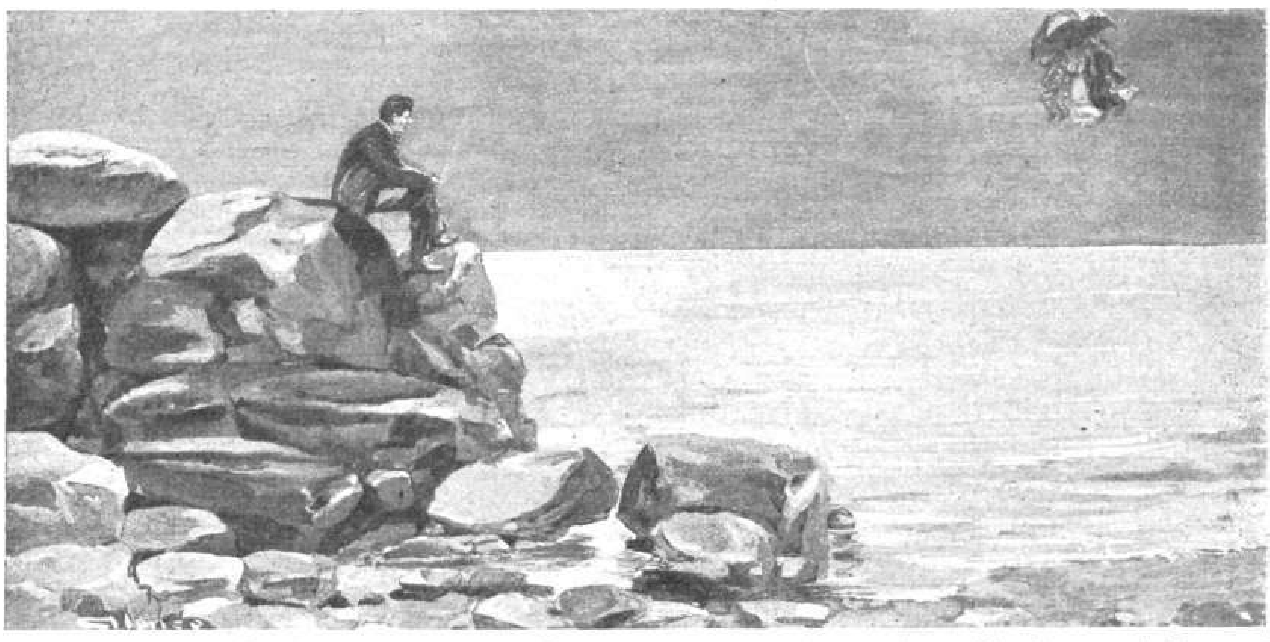
«Nada de lo tuyo, ni de lo mío — oían estupefactas las humanas colmenas; — la moneda es infame, embustero es el Estado, madriguera de pícaros el gobierno; la tierra es de todos y para todos son sus frutos como el sol, las aguas y el viento, el amor y el capricho de las buenas mozas. Cada cual tenga lo necesario: luz para sus ojos, frutas para su boca, caricias para su corazón, días tranquilos y noches con sueño. No exista otra huelga que las de los sanos, quienes recorriendo las cabañas de los bosques, los ranchos de las pampas y las cuevas de las breñas, curen enfermos, asistan ancianos y arrullen languideces de amor. Una plegaria al cielo y paz y concordia en la tierra, sean el dogma de la humanidad resucitada.» Y al conjuro de tanta sublimidad los ejércitos burgueses fueron aniquilados, los tronos cayeron ni para semilla quedó un comisario, de manera que los cerrojos arrumbaron y los facones *sólo para mondar duraznos ó para escarbar dientes, sir*vieron. Los enemigos se abrazaban, el deudor olvidó los préstamos y el himno del trabajo, melodizando la haraganería repercutió victoriosamente en todos los ámbitos. Al movimiento incesante del progreso sucedió la calma de un perpetuo descanso dominical.

Tres épocas nefandas: la del guerrero, la del sacerdote, la del ciudadano,—como la llama pura nace del fuego de mil inmundicias—la santa edad del obrero escribió el destino final del orbe. Los hombres se congre*garon alrededor de sus virtudes. Las familias por el afec*to vinculadas formaron pueblos taciturnos y la humanidad purificada por el Amor, quedó cubierta con el manto sin adornos de la Verdad.

El ex diputado Nerprún no cabía en sí de gozo, aunque un poco aburrido, contemplando la realización de su obra rimada al principio con silbidos, difundida á cascotazos y—ya se veía custudiada entre bostezos, por los cinco patios de dementes, furiosos, maniáticos, idiotas y zonzos de la Residencia, cuyo éxito, mal que mal, se impuso al respeto de los cuerdos que durante tantos siglos sólo habían creado dos cosas: el gobierno y el dinero, futilezas desvanecidas al soplo de un orador.

Pero un pensamiento martillaba el cerebro de Nerprún: ¿qué diablos se habían hecho Goycoechea, la Dama Blanca y su gentil Caballero, que á los primeros garrotazos transformadores de la humanidad doliente, llevándose consigo á la Vergüenza, se habían ocultado Dios sabe en dónde? Por cierto que las cosas no podían continuar así. El mundo sin vergüenza, no marchaba ó por lo menos se arrastraba cojo sin muleta. Desesperanzado de encontrarles el sujeto (como no alcanzó para todos, fué suprimido el título de Doctor), Nerprún en vano procuró reemplazar la vergüenza por otra cosa, verbigracia, por el pudor ó el candor, ¿por el honor? (¡uff, apestaba á burgués!) entre tantoel mundo sin vergüenza nacía la mar de zonceras y bribonadas, se *postraba melancólico y transitaba en riguroso cutis.*

Sentado en el extremo de una roca, junto al mar, una pierna sobre la otra... cubriéndose más y más meditaba el viejo Nerprún, sobre tan higiénico problema que entrañaba el boycott de las tiendas y mercerías, cuyos artículos eran barateados con la tentadora rama de parra para las mujeres y con las hojas de higuera para los hombres, modas sin pespuntes, cuando oyó confusamente al principio, claramente al poco rato, un runrun, un rumor, el clamoreo, la algarabía de un bochinche que á él se acercaba. Era el pueblo con los brazos como guampas, señalando hacia arriba, una maravilla celeste. De lo alto del firmamento, rumbo de «Euxinios», descendía *misteriosamente* un enorme *paraguas*, en cuyo mango, como palo de pajarera, muy cómodamente venían sentadas cuatro personas, sólo conocidas del atónito Nerprún. Columpiándose así, se acercaban Goycoechea con su Vergüenza y el Caballero con su Blanca Dama, Goycoechea amenazando con la mano á la multitud, muerto de risa el Caballero, la Blanca Dama pálida por la emoción de comparar tanta cosa al aire y cubriéndose el rostro la Vergüenza.



Dib. de J. Alonso.

MANUEL CARLÉS.



EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Novela en colaboración)

CAPITULO XIII

¡ASÍ TENÍA QUE SER!

Continuaba Nerprún sobre la roca, en actitud de Margarita sentada junto al mar cuando descendieron del paraguas—por mal nombre «el misterioso»—Goycoechea, la Vergüenza y el Caballero con su Dama Blanca.

Antes de que el ingénuo Nerprún volviera de su sorpresa y cuando apenas había balbuceado un inconsciente «buenas tardes» que su esmerada educación le imponía, sintióse de pronto acometido por Goycoechea—el grosero te de siempre—que sin consideración á sus fueros, levantóle en peso para arrojarlo al mar, como cosa que para nada sirviera.

Logró Nerprún, sin embargo, arrastrarle en su caída, asiéndose desesperadamente á la enmarañada melena del brutal agresor, que vino así á participar de la triste suerte del agredido;—y la Dama Blanca que intentó evitarlo, perdiendo á su vez el equilibrio, hubo de seguir á Goycoechea, llevándose consigo al Caballero, que con exquisita galantería se precipitó detrás de ella. La Vergüenza, absorta, presenciaba impasible aquella escena.

Minutos después la onda en su reflujo envolvía cuatro cadáveres.



Entonces, sin que pudiera saberse de donde venía, una voz dijo:

—¡Bien hecho!... ¡por zonzos!...

. . . .

La multitud, en tanto, se aproximaba en tropel al sitio de la catástrofe, deteniéndose confundida ante el extraño aspecto de la Vergüenza, que permanecía inmóvil contemplando los despojos de sus cómplices y compañeros.

—¿Quién eres?.. —exclamó exaltándose la turba.

—Soy una descendiente de ¡las *Vírgenes locas!*(1), repuso con soberbia la Vergüenza, dirigiendo al mismo tiempo miradas ansiosas al quitasol de marras.

Un rugido de indignación brotó entonces «del alma solidaria de la muchedumbre», poco dispuesta á comulgar con candorosas mistificaciones, por más inofensivas que fueran;—y cuando al grito de *¡muerte á la desvergonzada!* preparábanse todos á ejecutar un auto de fe, para escarmiento de posibles reincidencias, la socorrida sombrillita vino en auxilio de la maltrecha virgen y permitiéndola enhorquetarse en ella, se elevó de nuevo en los aires, perdiéndose entre las nubes lejanas.

. . . .

¿Se habrá salvado siquiera la Vergüenza

GREGORIO DE LAFERRÉRE.



(1) Célebre novela en colaboración, publicada en el *Madrid Cómico*.

Dib. de Urtubey.